

PEREGRINACION POR LA RUTA DEL MARTIRIO

EN AMERICA CENTRAL

ALEJANDRO MARINA

25 de abril al 1 de mayo de 2013

GUATEMALA - EL SALVADOR

Teníamos el módulo de Formación Misionera Internacional en Guatemala, programado desde hacía tiempo. Lo que no teníamos tan programado y, que fue un regalo del cielo, es que coincidiera con el aniversario de Mons. Gerardi, mártir de Guatemala. Tampoco estaba programado que durante los días que estuviéramos allí se realizara el vergonzoso juicio a Ríos Montt culpable del genocidio, juicio que finalmente terminaría anulándose.

Este contexto hizo que fuera muy fuerte el compartir con los y las participantes de Guatemala, por un lado, y que se potenciara el compartir de los y las participantes de otros países que también han sufrido la guerra sucia u otras situaciones dolorosas de pueblos cuyas heridas siguen abiertas (el testimonio de salvadoreños y salvadoreñas, la experiencia del cruce de fronteras de los hispanos en EE.UU, etc)

Esto amerita una primera reflexión de lo que ha implicado en mí esta experiencia que narraré en el presente texto.

Porque una de las primeras cosas que me vino al recuerdo fue la frase “desde el corazón de América” que pertenece al himno de uno de los COMLA-CAM que se realizó en Guatemala y que en su letra decía “con Gerardi y con Romero cargaremos nuestra cruz”. Lo segundo que vino a mi mente es el recuerdo del primer COMLA-CAM en el que participé y que se realizó en Lima-Perú. Allí visitando la ciudad de Lima me admiré de la cantidad de santos y santas que convivieron en esa época de los inicios de la “evangelización en América”. Y me admiraba no solamente que convivieran entre otros Santa Rosa y San Martín de Porres, sino que era el “siglo de oro” y también en Europa era el siglo de mayor cantidad de santos y santas. Todos muy significativos por revolucionarios en algunos casos, transformadores de la Iglesia en otros, pero no me daba cuenta de una casualidad: Europa y América cristianas en el siglo en el que con mayor fuerza se ejercieron al mismo tiempo atrocidades con las poblaciones originarias y con los negros traídos de África. Quizá signifique que cuánto más se amenaza a la vida y dignidad de las personas es cuando surgen con más fuerza hombres y mujeres decididos a vivir el Evangelio hasta las últimas consecuencias, o quizá sea tan sólo una manipulación histórica para hacernos creer que no fue tan mala la colonización, no lo sé.

El tema es que conocía y admiraba muchos es gran cantidad y variedad de santos y santas, pero años después me di cuenta que no conocía nada de los santos, santas, mártires de nuestro tiempo. Crecí en un ambiente en el que nunca se habló de lo que pasaba. De niño y adolescente quizá porque no se sabía bien lo que ocurría. De joven y adulto, cuando ya todo había pasado, tampoco se habló en el colegio religioso (aun cuando algunos docentes habían desaparecido), mucho menos en la comunidad

parroquial (en la que algunas familias perdieron a sus hijos) y ni pensarlo en la formación del Seminario (en donde se percibía cierta sospecha sobre el modo de compromiso de quienes padecieron la muerte). Fue de adulto, y en contacto con cristianos y cristianas de América Latina que fui dándome cuenta que se trataba de algo diferente y que debía conocerlo. Fue el ejercicio de una teología que brota de la realidad que cultivó en mi la conciencia crítica que tanto temían los ejecutores de la “doctrina de la seguridad nacional”.

Otra cosa que me llamó la atención durante la compartida con los participantes del programa fue la necesidad de hablar de estos temas. Primero pensé que era entendible porque las heridas estaban abiertas y todavía no había posibilidad de sanarlas ya que todos los crímenes siguen impunes. Incluso sentía que en Argentina llevamos la ventaja ya que la mayoría de los genocidas están juzgados y presos y se ha avanzado mucho en el proceso de recuperación de identidades, especialmente de niños y niñas desaparecidos en esa época. Después me di cuenta que en algunos países se habían cometido atrocidades mayores, pero me surgió una pregunta ¿por qué hemos callado todo esto? ¿por qué no hemos sentido en las comunidades por donde he estado la necesidad de hablar? ¿por qué se ha silenciado conscientemente en ciertos ambientes eclesiales? Aquí conviene otra reflexión.

Asumiendo mi ignorancia, mi falta de conciencia crítica sobre lo que está pasando y mi falta de información, muchas veces negligente, sobre la realidad, me cuestiona el hecho de que hemos silenciado muchas cosas y no hemos sabido reconocer el paso de Dios en el testimonio martirial de nuestros hermanos y hermanas. Por supuesto que me refiero especialmente a la actitud de nosotros como Iglesia institucionalmente ya que para la gente del pueblo, los que han entregado su vida ya han sido declarados santos hace tiempo y recurren a ellos y ellas con total confianza.

Solamente si miramos la cantidad de personas que han sido asesinadas, desaparecidas, víctimas sobrevivientes, en nuestros países durante la guerra, la cifra es espeluznante: 30000 en Argentina, 200000 en Guatemala, 70000 en El Salvador, 40000 en Chile (son las que conozco aunque no tengo la certeza de su corrección y, por supuesto me faltaría saber de los otros países). Los números hablan de víctimas en todos los modos en que muchos han sufrido como consecuencia de su compromiso o simplemente por decisión de los asesinos: líderes sociales, militantes, campesinos/as, religiosos/as, laicos/as de las comunidades, pastores, y hasta poblaciones prácticamente enteras. La crueldad que ha tenido la dictadura en Guatemala y El Salvador causa estupor y es difícil imaginarse lo que implicaría la vida en esos tiempos.

El silenciar estas cosas y nuestra lectura y postura ante estas realidades, me hace pensar que nos hemos movido a partir de una teología de “textos” y nos cuesta mucho pasar a una de “contextos” como la de Jesús, que parte siempre desde la realidad o desde lo que observa para hablar de Dios o de su Reino. Fue interesante escuchar al P. Juan Spain cuando me contaba que la gente y su realidad de sufrimiento fueron moldeando la eclesiología de Mons. Romero, y que él sentía que aprendía mucho de los pobres a ser pastor: “con este pueblo, es muy fácil ser pastor...”

EMPEZANDO EL RECORRIDO

La peregrinación comenzó, en primer lugar por los diálogos durante el curso, el testimonio de Juana María y los relatos del Hno. Martín de Maryknoll (quien estaba presenciando diariamente el juicio a Ríos Montt y cuyo testimonio fue muy enternecedor). Estas charlas y testimonios nos prepararon para participar más activamente en las celebraciones en torno al aniversario de Mons. Gerardi. Se cumplían 15 años de su asesinato y parte de las actividades era el traslado de su cuerpo desde una cripta de difícil acceso a la misma catedral, para veneración de todo el pueblo y las comunidades.

REZANDO CON EL MARTIR JUAN JOSE GERARDI...

Fuimos primero a la Catedral donde estaban velando los restos de Mons. Gerardi. Estaba junto a él otro obispo fallecido un tiempo después aunque por causas naturales. La razón es que los dos serían enterrados en uno de los altares laterales de la catedral.

Vimos a la gente sencilla acercarse al cajón de Gerardi como lo hacían cuando él vivía. Confiadamente y con mucho cariño y expresándole sus necesidades más importantes o poniendo a sus pies sus dolores más profundos.

Escuchamos el relato de cuando fue presentado a la sociedad Guatemalteca el informe sobre la verdad y la justicia, leído en la misma Catedral por Mons. Gerardi unos días antes de su asesinato.

Luego fuimos a la muestra de imágenes en el departamento de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, en donde se nos contó la vida y ministerio de Gerardi y todo el proceso de búsqueda de la verdad y la justicia, el proceso de investigación y redacción del informe de la Comisión "Guatemala, nunca más", y la lucha por los acuerdos de paz. Y por supuesto todo lo que fue confabulando, incluido su exilio en Costa Rica, para terminar con su cobarde y cruel asesinato el 26 de abril de 1998.

Por último nos dirigimos hacia el lugar donde fue asesinado, el garaje de la casa parroquial en donde vivía. Allí, ayudados por Juana María tuvimos un momento de oración tomando gracia de ese lugar de martirio y de esperanza.

Es muy fuerte sentir en estos espacios el dinamismo del misterio pascual, por medio del cual la muerte y la vida se entremezclan muchas veces por medio de dolorosos procesos, pero siempre sosteniendo en la lucha a los y las que siguen de pie.



LAS Y LOS MARTIRES SALVADOREÑOS



La peregrinación continuó con el viaje a El Salvador con el P. Juan Spain. Allí nos proponíamos hacer el recorrido por los mártires, especialmente visitar a Mons. Romero, al P. Rutilio Grande, a las hermanas de Maryknoll y a los Jesuitas.

Empezamos el domingo participando de la eucaristía que se celebra en la Cripta de la Catedral, en donde está enterrado Mons. Romero. Llegué temprano y me dirigí hacia su tumba. Allí me senté y me puse a rezar contemplando el lugar y a la gente que se acercaba. Había algunos adolescentes que miraban el lugar como quien mira un punto turístico y me preguntaba qué significaría para las jóvenes generaciones estos hombres y mujeres que dieron la vida por ellos/as. Eso me hizo dirigirme a mí y preguntarme qué significaba para mí estar allí.

Lo primero fue emocionarme al sentir que estaba en ese lugar y ante la tumba de un santo como Romero. Me vinieron a la mente y el corazón tantos y tantas que han sufrido la represión en mi país y a quienes muchas veces no supe valorar. También vinieron a mi corazón hermanos y hermanas compañeros/as de caminos con quienes hemos luchado y seguimos luchando en la defensa de la vida y en la gestación de un mundo con posibilidades para todos y todas.



Estaba ahí, a sus pies y sentía su fuerza. Una mujer mayor se acercó y se arrodilló ante él y rezaba con mucha devoción. Me hizo acordar de mucha gente sencilla que me ha mostrado el rostro de Dios y me ha enseñado lo que significa vivir el Evangelio. Romero decía “con este pueblo, es fácil ser buen pastor”, y es verdad.

Siento que cuando se cree y se siente que Dios se revela en el pueblo pobre, en la realidad que interpela, en las situaciones de exclusión, discriminación y condena, uno aprende a ser como Jesús, el Buen Pastor. Me refiero no solamente a sacerdotes y consagrados, sino a ese pastoreo que todos y todas ejercemos en la vida diaria y que consiste en cuidar la vida de los y las que nos rodean.

LAS MISAS EN LA PLAZA

Al salir de la Catedral, fuimos a la plaza y una vez allí, Juan me contó acerca de las misas para los funerales del P. Rutilio y para Mons. Romero.

La misa del padre Rutilio Grande fue muy polémica ya que ante el miedo que reinaba, algunos sugerían realizar pequeñas misas en los lugares donde él trabajaba, algo íntimo y discreto. Otros pedían que se hiciera una misa común en la Catedral, a lo que muchos se oponían por creerlo peligroso. Al final, Mons. Romero a pedido del clero, decidió que se haría una misa única en la puerta de la Catedral, y así se hizo. Un mar de gente se reunió para orar

por Rutilio y agradecer su testimonio y también para rezar por el pueblo Salvadoreño y el fin de la violencia.

La celebración transcurrió en medio de una tensa calma y la presencia de las fuerzas armadas rodeando el lugar. Mons. Romero predicaba:



El mensaje de Paulo VI, cuando nos habla de la evangelización, nos dá la pauta para comprender a Rutilio Grande. "¿Qué aporta la Iglesia a esta lucha universal por la liberación de tanta miseria?". Y el Papa recuerda que en el Sínodo de 1974 las voces de los obispos de todo el mundo, representadas principalmente en aquellos obispos del tercer mundo, clamaban: "La angustia de estos pueblos con hambre, en miseria, marginados". Y la Iglesia no puede estar ausente en esa lucha de liberación; pero su presencia en esa lucha por levantar, por dignificar al hombre, tiene que ser un mensaje, una presencia muy original, una presencia que el mundo no podrá comprender, pero que lleva el germen, la potencia de la victoria, del éxito. El Papa dice: "La Iglesia ofrece esta lucha liberadora del mundo, hombres liberadores, pero a los cuales les dá una inspiración de fe, una doctrina social que está a la base de su prudencia y de su existencia para traducirse en compromisos concretos y sobre todo una motivación de amor, de amor fraternal "... Hermanos, salvadoreños, cuando en estas encrucijadas de la Patria, parece que no hay solución y se quisieran buscar medios de violencias, yo les digo, hermanos: Bendito sea Dios que en la muerte del Padre Grande la Iglesia está diciendo: Sí hay solución, la solución es el amor, la solución es la fe, la solución es sentir la Iglesia no como enemiga, la Iglesia como el círculo donde Dios se quiere encontrar con los hombres. Comprendamos esta Iglesia, inspirémonos en este amor, vivamos esta fe y les aseguro que hay solución para nuestros grandes problemas sociales. Esto quiero agradecer también como arzobispo a todos los que trabajan en esta línea de la iglesia, iluminadores de fe, animadores de amor, prudentes con la doctrina social de la Iglesia. Gracias, queridos hermanos, todos los que nos acompañan en esta hora de dolor. (Homilía Mons. Romero; 14/3/77)

En cuanto a la Misa de los funerales del mismo Mons. Romero me contó que también fue un momento difícil, no solamente por su muerte y lo que significaba, sino por lo que pasaría ese día. Por un lado, los funerales fueron realizados en la iglesia La Basílica ya que la Catedral estaba tomada por un grupo (al que Mons. Romero permitió refugiarse allí). Pero, por otro, se decidió realizar la misa con un enviado del Papa en la puerta de la Catedral. Una marea de gente en la plaza y una gran diversidad entre los participantes. Todo el lugar estaba rodeado por militares con armas y francotiradores. Algunos entre el público, de grupos más radicales parece que tenían bombas de humo por si pasaba algo, poder protegerse y ocultarse en la nube. La precaución no fue errada, ya que en medio de la eucaristía empezó el tiroteo y la estampida de gente presa del pánico queriendo huir, los sacerdotes y otros tomando el

cajón de Mons. Romero para meterlo dentro de la Catedral. El correrío dejó alrededor de 40 muertos por la estampida, más otros tantos por los tiros de los militares desde los techos.



Fue famosa la última homilía de Romero, que prácticamente significó su sentencia a muerte por parte de los genocidas:

...Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército, y en concreto a las bases de la guardia nacional, de la policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la Ley de Dios que dice: NO MATAR... Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios... Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla... Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado... La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión...!

Me vienen a la memoria algunas frases escuchadas estos días. Romero dijo en la misa única del P. Rutilio que ante los problemas de la violencia de esa época, (y de toda época digo yo), había una solución: “el amor”. Luego en la Misa por el P. Alfonso y el joven asesinado en su parroquia, contó un relato sobre el beduino que guiaba un grupo y cuando el grupo quería ir por un lado, él les decía: “Por ahí no, por allá”, y cansado de que les guíe lo matan y el beduino dice “me matan porque les indico el camino”. Por último en su última homilía dice que ante los atropellos y la violencia “la Iglesia no se puede callar”.

“Amar”, “indicar el camino”, “no callar”, todo un programa para repensarnos como comunidad de seguidores y seguidoras de Jesús. La pasión por el evangelio, que es la que mueve o debería mover nuestra vida y nuestra acción como Iglesia, nos lleva a sentir con el pueblo, a vibrar con la realidad, a discernir los signos de los tiempos en ella, a intuir los caminos de una evangelización liberadora. ¿Qué nos ha pasado que estamos tan preocupados por sostener las estructuras internas, en lugar de acompañar la vida amenazada y celebrar la gestación de vida en tantos espacios de nuestros pueblos?

Recuerdo ahora un chiste que vi estos días en internet: Un secretario del obispo dice: “Mons. hay algunos sacerdotes que se creyeron el evangelio y lo andan practicando por ahí”. Y

el obispo responde: “Hay que detenerlos, no sea cosa que se propague el mensaje”. (Jajaja). Me pregunto: ¿No será que debemos creernos el evangelio por fin?

PLAZA LIBERTAD Y DOMINICOS

Luego de estar en la plaza principal, nos dirigimos hacia la Plaza Libertad. Allí recordamos la manifestación que se realizó protestando por el fraude en las elecciones y muchas personas se quedaron toda la noche, incluso se pidió al P. Alfonso (crreo) que celebrara una eucaristía acompañando a la gente. Eran días previos a la asunción de Mons. Romero como Arzobispo de San Salvador. Durante la protesta aparecieron las milicias y dispararon a mansalva matando a muchos de los manifestantes, varios de los cuales se escondieron en la Iglesia de los Dominicos en donde hoy se encuentran sepultados varios de los muertos.



MONUMENTO DE LA MEMORIA Y LA VERDAD

Al salir de la Iglesia de los Dominicos, fuimos hacia donde se encuentra el monumento de la memoria y la verdad. Pasamos por el frente de la iglesia La Basílica en donde fueron velados durante la noche los restos de Mons. Romero.



Llegamos al monumento, que se encuentra dentro de un parque, y el corazón se me paralizó al ver la inmensa cantidad de nombres de las víctimas de la represión. Con mucha devoción fuimos buscando los nombres de nuestros mártires y el P. Juan fue contando las circunstancias en las que cada uno/a fue asesinado/a. Elevé una plegaria ante cada nombre, no tanto por ellos/as, sino para pedirle a ellos/as que nunca me olvidara de vivir el evangelio hasta las últimas consecuencias.



RUTILIO GRANDE Y LAS HERMANAS DE MARYKNOLL

El segundo día de la peregrinación, después de participar de las Fiestas Patronales de un pueblo y compartir un rico y alegre almuerzo con varios sacerdotes salvadoreños, nos dirigimos hacia Chalatenango, en donde están sepultadas las hermanas Maura Clark e Ita Ford, mártires de Maryknoll.

En el camino pasamos por la bifurcación que lleva hacia el Paisnal, lugar al que se dirigía el P. Rutilio a celebrar la eucaristía cuando es acibillado por los militares junto a un niño y un señor mayor.



Seguimos camino hasta el cementerio donde se encuentran las hermanas. Allí pudimos rezar con ellas y recordé con mucho cariño que mi discernimiento vocacional comenzó más seriamente cuando vi la película "Choices of the heart" sobre el asesinato de ellas en El Salvador.



Junto a ellas está sepultada la hna. Karla, también de Maryknoll. Ella no fue asesinada por las milicias, sino que murió ahogada cuando volviendo de una comunidad tuvieron que cruzar un río que había crecido, y por salvar a su compañera Maura, la correntada la llevó. Eran inseparables y trabajaban juntas en las comunidades, si no hubiese muerto en el accidente, también la hubiesen matado seguramente los militares. Por eso las comunidades las enterraron a las tres juntas, por su compromiso con los más pobres.



La Hermana Dorothy (Ursulina) y Jean Donovan (laica misionera) también asesinadas fueron llevadas a su tierra (Cleveland), una por su Congregación y la otra por su familia.

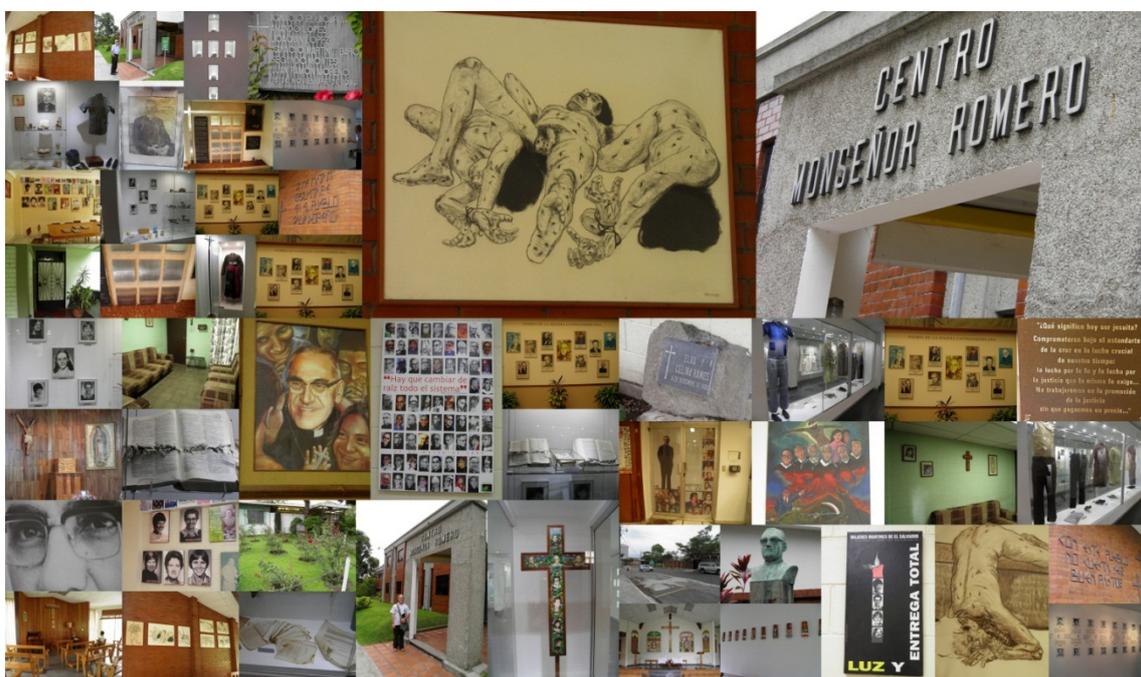
LOS JESUITAS

El martes fuimos primero a la UCA, para visitar el lugar y conocer lo que había pasado con los Jesuitas asesinados. Nos acercamos al Centro Monseñor Romero y recorrimos la exposición de fotos. Entre muchas fotos de Mons. Romero, y demás mártires del Salvador, estaban las fotos de ellos cuando los encontraron y que sacó el Juez para las pericias. ¡Qué crueldad! y ¡Qué temor! Los militares se ensañaron con ellos y especialmente se preocuparon

de destruir sus cabezas, como quien tiene miedo de que sigan hablando, mirando la realidad, oyendo el dolor de la gente... También se veía en el museo que incendiaron la foto de Mons. Romero, y papeles con escritos teológicos y acribillaron la Biblia, como si ella fuera la culpable del “comunismo” (como ellos acusaban) que profesaban estos padres.

También fueron asesinadas la cocinera Elba y su hija Celina, quienes junto a su marido que trabajaba como casero y cuidador vivían adelante en una casita. Según el relato del casero, esa noche temían que pudiera pasar algo por lo tanto, creyendo que solamente se podía entrar por el costado de la casita donde vivían sugirió a los padres que se encerraran y que su mujer e hija fueran con ellos para mayor protección y él se quedó solo en la entrada para vigilar. A la madrugada, y como tantas madrugadas, escuchó disparos pero no lograba saber de dónde venían. Cuando amanece y se dirige hacia atrás ve los cuerpos de los padres en el jardín destrozados y cuando se acerca a la salita donde dormían su mujer y su hija, también habían sido acribilladas.

No me puedo imaginar lo que habrá vivido ese hombre, pero mucho menos me puedo imaginar la crueldad con que mataron a todas las personas en esa casa. En el museo hay relicarios con partes de los sesos de los padres. ¿Tan peligroso es el Evangelio? ¿Qué temían estos asesinos tan crueles? ¿Cómo puede ser que sigan libres quienes han hecho tanto daño? ¿Cuándo pagarán quienes formaron estas mentes retorcidas y apoyaron económicamente su acción?



Me contaba Juan que la sentencia de muerte, fue que Ignacio Ellacuría dijo que no se puede ganar por las armas. Que la guerrilla no puede ganar si no negocia y que los militares no pueden ganar por las armas. Ese fue el enojo que tenía con él, el peligro de crear conciencia crítica.

PADRE ALFONSO

Luego de la UCA fuimos hacia una parroquia, que no recuerdo el nombre, donde fue asesinado el P. Alfonso. Este sacerdote trabajaba en pastoral juvenil y eso "era peligroso". Cuenta Juan que estando en la casa parroquial y mientras charlaba con uno de los jóvenes de la pastoral, suena el timbre. El joven se dirige a abrir la puerta y al hacerlo le disparan a quemarropa, luego entran a la casa y ven al padre sentado atrás leyendo el diario, y le disparan a quemarropa también varios tiros. ¿Su pecado? Acompañar a los jóvenes en su compromiso cristiano.



LUGAR SAGRADO

Luego nos dirigimos hacia la Capilla de la Providencia, en la que fue asesinado Mons. Romero. Primero visitamos el Centro Histórico Mons. Romero donde las hermanas conservan la casita donde vivía o se quedaba a dormir Monseñor.

Lo primero que vimos fue su auto, con el que se dirigía hacia los pueblos y comunidades porque lo que más le gustaba era estar con la gente. La casita era muy sencilla, un living-comedor, una cocinita, y la pieza con su baño. En un pequeño pasillo entre el cuarto y el comedor puso un dibujo de Rutilio para que le recordara su lucha por los más pobres.

En el comedor hay un pequeño museo donde están las fotos de ese día de la muerte, sus ropas que llevaba puestas, la agenda marcando las actividades de ese día y otras pertenencias.

En el patio de adelante, bajo una ermita de la Virgen de Lourdes, se encuentran enterradas las vísceras de Mons. Romero que fueron entregadas el día de su muerte a las hermanas para preservarlas de cualquier usurpación que podría haber en la investigación.



Luego cruzamos hacia la Capilla donde lo mataron. Él estaba celebrando la Eucaristía para la madre de un periodista, cuyo padre ya fallecido había sido muy amigo de Romero. Eligió la lectura de Juan sobre el grano de trigo que si no muere no da vida. Al terminar la predicación sobre ese evangelio y comenzando a preparar el altar para la liturgia de la eucaristía, le dispararon desde el fondo de la capilla directo al corazón.

“Sácate las sandalias porque el suelo que pisas es sagrado”,
vino a mi mente este texto como un llamado.
Me arrodillé en el lugar donde él había caído y derramado su sangre.
Pedí gracia poniendo mi mano en el suelo,
sentí la energía de la vida entregada,
la fuerza del amor que vence la muerte.
Sentí la presencia de todas las vidas entregadas,
la fuerza de todos y todas las que aman,
la vida que surge y nadie puede matar.
Le presenté mil nombres en mi corazón,
le pedí mil gracias como bendición.
Le agradecí el permitirme visitarlo,
y le pedí que me ayudara a vivir el evangelio como hizo él,
dejándome moldear por la realidad.



ROSAS EN DICIEMBRE

Al día siguiente, último de la peregrinación, nos dirigimos hacia el lugar en donde encontraron y fueron asesinadas las hermanas Maura, Ita (Maryknoll), Dorothy (Ursulina) y la laica misionera Jean Donovan.

“Rosas en diciembre” es el título de un filme documental sobre la vida y muerte de ellas. Me ha gustado ese título porque refiere a algo bello en medio de una realidad sangrienta como la de El Salvador en los 80.

Ellas fueron asesinadas el 2 de diciembre y fueron encontradas al costado de un camino. Aparentemente Jean y Dorothy fueron a recoger al aeropuerto a Ita y Maura a eso de las 18 hs. y, al salir del aeropuerto las interceptaron, las detuvieron, las torturaron, posiblemente violaron y luego las acribillaron. Un testigo cuenta que a eso de las 10 de la noche vio entrar por el camino una camioneta y al rato escuchó los disparos. Al otro día encontraron primero su vagoneta incendiada en otro camino y la primera noticia radial fue que habían encontrado el vehículo de 4 americanas todo quemado pero que no se sabía nada de ellas. Gente de la comunidad al ver los cadáveres fueron a dar parte al obispo del lugar y así llegó la noticia al P. Juan de lo que había pasado. Fueron al lugar y encontraron los cuerpos que el juez durante la noche había hecho enterrar en el lugar hasta que se supiera quiénes eran y luego, cuando llegaron Juan y las otras hermanas, desenterraron.



Yo ahora me encontraba en aquel cementerio solitario y polvoriento, tan lejos de su casa, al final de una carretera llena de baches que descendía colina abajo. Y Maura estaba enterrada allí, entre dos de sus hermanas de Maryknoll: a un lado Ita Ford, con quien trabajó y murió y, al otro, Carol Piette, que falleció en accidente de tráfico pocos meses antes.

Me puse delante de la tumba e intenté acallar mi mente. Pero Maura no estaba allí. Debí ser algo parecido a lo que aquellas mujeres sintieron la primera mañana de Pascua, cuando fueron

a venerar el sepulcro y se lo encontraron vacío. El caso es que a mí siempre me gustó la Cuaresma, esos oscuros días del final del invierno, el deseo de purificación, la austeridad, el vaciamiento, el desierto. Me gustaba caminar en aquella oscuridad, en la terrible metafísica del deicidio. Tendemos a centrarnos fácilmente en la tumba y en la cruz. A mí, al menos, me pasa. Por eso pensé en la historia de Maura como en una típica historia de Viernes Santo, con el sacrificio y el pecado (la codicia, la violencia) y, quizá, una hipotética resurrección.

Pero cuando me senté con la gente con quien ella se sentó durante esos 16 años que pasó en Nicaragua y los cuatro meses que estuvo en El Salvador, aprendí que la historia de Maura –y la historia del cristianismo por el que ella murió– no trata de penitencias ni de agonías, sino de amor.

Finalmente, he encontrado a Maura en mi viaje a Centroamérica, pero no en el cementerio, ni siquiera en el sitio donde su cuerpo y los de sus amigos fueron descubiertos en aquella fosa poco profunda donde los arrojaron. La encontré en una mujer salvadoreña que dijo que estaba viva porque Maura se preocupó de ella cuando vinieron a buscarla los escuadrones de la muerte. Mercedes Monge habla de miedo, pero también de cómo enseñó a Maura a hacer pupusas (tortitas de maíz), de meriendas al aire libre y de muchos ratos pasados juntas, nadando y cantando.

He encontrado a Maura en una vieja ciudad minera de Nicaragua donde tres mujeres de mediana edad cuentan satisfechas cómo Maura fue capaz de percibir su inteligencia cuando no eran más que unas pobres niñas campesinas de 12 años de edad y las preparó para ser maestras.

La he encontrado en doña Miriam y doña Luisa y en una veintena de personas más con quienes se sentó en los gastados saloncitos de los barrios menos elegantes de Managua para hablar del amor. La cara redonda de doña Miriam brilla cuando recuerda los retiros para mujeres a los que Maura la invitó a en los años setenta, las joviales comunidades cristianas de base que ella ayudó a formar, aquel creciente sentimiento de autoestima, el convencimiento de que Dios es mucho más amor que juez. Como dijo otra mujer, Maura y las hermanas con las que trabajó enseñaban a los oprimidos que eran queridos, que eran dignos, que Dios deseaba para ellos la felicidad y no el sufrimiento.

Después de treinta años, nadie recuerda a Maura por ser la más pía o la más ortodoxa. Quienes han colgado su foto en la pared de yeso o quienes le han puesto su nombre a sus hijas o quienes se enjugan una lagrimilla mientras sonríen al escuchar su nombre y recordarla, no lo hacen porque fuera la más severa, la que mejor se autoflagelaba, la más apegada al desierto de la abnegación. Guardan su memoria porque se sintieron arropadas por su amor. Cuando Maura hablaba contigo te sentías querida, me decía una tras otra. Ella entraba en las casuchas de cartón de Nicaragua, visitaba los pueblos amedrentados de El Salvador y se dirigía a la gente con una bondad abierta y desarmante.

Pues esto es de lo que va esta historia, no de la muerte, ni de la tortura –ya sea en la cruz o a manos de una junta militar–. Esta historia habla de amor, del amor de Maura, cálido, floreciente y vivificante.

(Eyleen Markey, El amor de Maura, en <http://americamagazine.org/content/all-things/mauras-love> traducción)

MI PEREGRINACION

Dicen que mirar al pasado ayuda a comprender el presente y proyectarse al futuro. Yo no sé si es así, pero sé que peregrinar al pasado permite seguir caminando en el presente construyendo un nuevo futuro.

Muchas eran las motivaciones que me movieron a realizar esta peregrinación por la ruta del martirio centroamericano. ¿Por qué no haberlo hecho en Argentina, mi país? ¿Por qué no hacerlo aquí en Bolivia? Quizá lo haga en algún momento, pero en esta ocasión, se daba la oportunidad, dado que estaríamos en Guatemala por el curso de formación misionera, de cruzarme a El Salvador y visitar la tumba de Mons. Romero y de las hermanas de Maryknoll.

Esa era la primera motivación consciente, dado el significado que tiene Romero en América Latina, para quienes deseamos una Iglesia comprometida con la realidad, y el significado que tiene el martirio de las Maryknoll en mi vida personal y en mi vocación.

No esperaba encontrarme con los mártires de Guatemala ni con el testimonio de quienes han luchado a la par de ellos/as y que aún lo siguen haciendo. Tampoco esperaba poder estar a los pies de Gerardi o tomar gracia del lugar donde derramó su sangre. Menos me imaginaba beber de la vida de tantos y tantas otras que entregaron su vida o les fue quitada, ni contar con el testimonio de Juan que ha vivido toda esa época y la puede contar.

Este camino recorrido en peregrinación no fue solamente un camino hacia el horror, la masacre y el genocidio, aunque eso haya sido parte del trayecto y creo que mi cuerpo todavía está asimilando lo escuchado y sentido en esos días, sino un camino hacia la vida que es más fuerte que la muerte.

Estos hombres y mujeres que dejaron su huella ensangrentada en Centroamérica, al menos en estos dos países en los que la represión ha sido tan sangrienta, expresan una eclesiología y una propuesta misionera para todos y todas en el tiempo actual.

He pensado: ¿Qué es nuestra fe y nuestra vida cristiana si no brotan de vivir la vida intensamente? ¿Cuál es el lugar que debemos ocupar o el papel que debemos jugar en un tiempo deshumanizante y violento? ¿Acaso tiene futuro una iglesia encerrada dentro de sus muros, en lugar de estar en la periferia de la vida y de la historia? ¿Ha terminado el atropello a la dignidad por el sólo hecho de que ya no hay sistemas totalitarios? ¿Quiénes son hoy esos/as acribillados/as, violados/as, arrojados/as al costado del camino?

En definitiva, resuenan en mí las tres palabras citadas anteriormente sacadas de las homilias de Mons. Romero: amar, aprender de la realidad (indicar el camino), no callar. Quisiera que sean mi programa de vida y mi práctica cristiana, y eso les pido a Gerardi, a William, a Romero, Alfonso, Rutilio, Ita, Maura, Jean, Dorothy...